

El hombre pájaro (Cuentiembre 2020)

Clara Brassesco



Capítulo 1

Una mañana despertó con plumas en el cuerpo. La luz del sol se colaba por la ventana del dormitorio y acariciaba las suaves plumas que brotaban de su espalda. Marrones y blancas, claras y oscuras, pujaban por toda la espina dorsal.

Él se consideraba un tipo común, igual que cualquier otro. De esos que se pierden en la masa anónima que inunda las calles. Ese día, estaba atónito. Se miraba al espejo y veía pequeñas gotas de sangre en su espalda.

Primero intentó quitarselas, pero con cada una que arrancaba, otras dos forzaban la salida ¡Y cómo dolía! Se resignó prontamente.

Debía ir al trabajo, puesto que ya había faltado la semana pasada por enfermedad... pero en verdad no había hecho más que dormir y mirar series. Resolvió vestirse con la camisa más oscura que encontró en su armario. Inseguro, emprendió rumbo al trabajo "*iOjalá nadie lo note!*"

En la oficina, todos estaban encastrados en sus cubículos. Por primera vez, este hombre se sentía alegre de llegar a la oficina. "*Si todos están en sus asuntos, nadie notará las plumas*", se dijo. Se propuso fingir, hacer de cuenta que las plumas no existían. Se convenció de que aquél era un miércoles como cualquier otro.

Sentado, frente a su computadora, inició su labor. Más breve fue la paz, poco perduró el acto. En medio de su trabajo, un bostezo atípico lo asustó. Inició como tal, pero él lo sintió más parecido al trinar de un ave. Rápidamente desestimó la idea y retomó su labor. Pero volvió a trinar y esta vez, el sonido se sintió como un estruendo.

La onda sonora fue tal, que sacudió levemente las paredes del cubículo de su compañera de al lado. Si bien poco se hablaba en la oficina, estos dos vecinos de cubículo, habían cruzado miradas una que otra vez.

Ella asomó la cabeza solo un poco, intentó mirar por sobre el muro que los separaba. Una onda sonora extraña había corrompido la monotonía, fue imposible para ella no notarlo. Y aunque nadie más en la oficina parecía haberse sobresaltado, quiso saber más. La curiosidad la embargó por un momento, y ello la impulsó a cruzar la pared que los dividía.

Tembloroso, asustado, cual polluelo abandonado a su suerte bajo la tormenta, la miró en silencio.

—¿Está todo bien? —le preguntó, a lo que él, escondido tras la pantalla,

asintió rápida y repetidas veces.

Temía querer responder con un sí y acabar trinando.

—¿No oíste algo raro?—ella volvió a insistir, pero él negó con la cabeza— Tal vez fue sólo una sensación mía. Lo siento, te dejo seguir trabajando.

Ella volvió su cabeza y su vista al monitor, no así su mente, que empezó a echar vuelo. Estaba segura de haber oído algo extraño y de haber sentido, en esa onda algo especial. No sabía de qué otra forma llamarlo, puesto que no podía compararlo con alguna otra cosa que hubiera sentido antes.

Por su parte, él estaba inquieto. Decidió dirigirse al baño. Allí, se miró al espejo, y todo parecía en orden físicamente hablando. Por dentro, el temblor no cesaba.

"Esto debe ser un sueño... ¡Tiene que ser un sueño!" Se lavó el rostro, y al volver la vista al frente, el reflejo le reveló un cambio.

Nariz y boca se alargaron hacia adelante, formando un pico amarronado. Una comezón intensa y acalorada recorría sus brazos. Rápidamente comenzó a rascarse, pero ello solo empeoró la situación. Las plumas salían a montones atravesando los hilos de su ropa. Las alas, al separarse de sus brazos, despedazaron la camisa. Se horrorizó al verla, tendida en el suelo ya sin vida.

Asustado y desencajado, miró a su alrededor. Le aterraba la idea de que alguien lo viese. *"¡Me despedirán! Tal vez algo peor... hasta podrían matarme"*, pensó. Los latidos de su corazón golpeaban cual tambores sus oídos, y por primera vez en la vida deseó estar en su escritorio como siempre.

De repente, oyó el rechinar del picaporte. Sobrecogido, miró por todos lados, buscando una salida. Entre cuatro paredes, sólo encontró una ventana. Corrió hacia ella sin pensárselo siquiera una vez. La atravesó, rompiéndola en miles de pedazos. No sintió rasguño alguno, tampoco un vidrio en su carne.

Casi sin notarlo, sus alas se habían desplegado. Sobrevolando las calles, abandonó la jaula de metal. El temblor que tanto lo ahogaba cesó y el ritmo de su latir, se aplacó.

Capítulo 2

Inspiró profundo el aire puro, sintió el calor del sol no sólo en su piel, sino que también en sus plumas "*iEn mis plumas! Tengo plumas... Tengo plumas y estoy volando iTengo plumas y estoy volando!*", gritó y se echó a reír al tiempo que daba giros en el aire.

Disfrutaba del viento que acariciaba su rostro y sus plumas. Y ya no pensaba en la ausencia de lógica de toda esa situación. Su aleteo atravesando las nubes era todo lo que podía sentir. No quedaba espacio para más pensamientos ni condenas absurdas. Y aunque era su primera vez allí, se sintió amo y señor de los cielos. Era mejor que el mayor de sus sueños.

Voló lejos, sus zapatos cayeron.

Por un momento, desconoció el lugar dónde se encontraba. No recordaba paisaje más verde que aquél ni dicha semejante. Lentamente, fue bajando vuelo para tocar suelo. "*Aún parecía sueño*". Necesitaba tocar el pasto con sus manos, corroborar la materialidad de su existencia. A lo lejos, las montañas se erguían imponentes rumbo al cielo. Se dirigió hacia ellas y las recorrió desde los aires. Se sentía vivo.

Entusiasmado, continuó danzando por los aires, tocando las copas de los árboles y cantando. Intentando nuevos giros, probando una y otra vez diferentes maneras de dar forma al vuelo. Pero en cierto momento se detuvo a pocos metros del suelo, dubitativo. Dejó de sentirse amo y señor de los cielos. Algo le faltaba.

Aleteo intermitente

Desazón

Duda

Recordó aquellos ojos verdes "*Más verdes que la hierba bajo mis pies*". Recordó esos rizos salvajes y curiosos, rizos que no se dejaban encauzar, tal y como quien los portaba.

Voló de vuelta a la ciudad, y al poco tiempo se reencontró con la jaula de metal. Justo antes de entrar por la misma ventana de la que había salido, se sorprendió al ver su reflejo en el edificio. Su apariencia era mucho más

robusta que antes. Y sus alas, de repente se habían tornado color dorado, brillantes como el sol. Sus ojos, por otro lado, habían pasado de marrones a un amarillo opaco.

* * *

Una terrible jaqueca azotaba las sienes de Sofía. Y para empeorar las cosas, ya había transcurrido una hora desde que su compañero se había dirigido al baño para no volver más. Con una mano sosteniendo su cabeza, siguió el mismo rumbo que aquél.

Al ingresar, quedó pasmada. Había vidrios desparramados por todo el piso. Y el viento helado, recorría todo el lugar.

Terror

Miedo

Congoja

“¿A caso había saltado?”, se cuestionó intranquila. Hacía dos meses, otra compañera había dado un paso al vacío y abandonado esta vida.

Una puntada más fuerte y dolorosa azotó su cabeza. Pero entonces, sintió el calor de una luz proveniente de la ventana rota. Por un instante, creyó que el tiempo se había congelado.

Aquella luz la encegueció, y pronto advirtió que de él se trataba. Mientras se acercaba, tuvo que entrecerrar sus ojos para protegerlos. Cuantos más pasos daba hacia adelante, menos encandilada le parecía la luz. Cuando por fin pudo verlo a los ojos, le pareció vislumbrar la aurora de un nuevo día, de una nueva vida. El dolor de cabeza se había desvanecido, y nada más que dudas albergaba su pecho.

—¿Qué te ocurrió? —le preguntó Sofía. Él la tomó suavemente de la mano, y ella sintió una especie de corriente eléctrica recorrer su cuerpo.

—No lo sé, en verdad. Tampoco podría explicártelo. Pero es fantástico, y quisiera compartirlo contigo —le sonrió, y ella lo sintió como si una suave brisa de verano le acariciase las mejillas.

Sofía asintió, y se dejó llevar hacia el borde de la ventana.

Paz

Alegría

Éxtasis

Capítulo 3

Pero cuando Sofía tocó el pequeño escalón, ese fino borde que separaba la dureza del suelo con la liviandad del aire, quedó petrificada. La incertidumbre y la desconfianza inundaron su ser, la azotaron tan fuerte como los dolores de cabeza.

Entonces otro empleado abrió la puerta del baño. Al encontrarse con una escena tan disparatada, sus ojos no dieron crédito a lo visto. Alzó una ceja, en señal de extrañamiento.

—¿Qué hacen? ¿Y ese disfraz de pájaro? —pausó— No olvides que mañana tenemos una reunión a las nueve —expresó, dirigiendo su mirada hacia Sofía. Luego, se marchó como si nada.

Ella se quedó algunos minutos admirando su belleza, el modo en que resplandecía. No había rincón alguno donde no llegara su luz.

—Lo siento, pero no puedo. Debo volver al trabajo, mañana tengo esa importante reunión y no... —expresó en tono bajo mientras miraba al suelo.

—Solo es una reunión —sonrió. A él le sonó absurdo, creyó que estaba bromeando. En el intento de encontrar la mirada de su compañera, no halló respuesta. Entonces lo supo— Solo es una reunión, yo te estoy invitando a volar —su voz se tornó más gruesa y adquirió seriedad.

—No, es imposible —negó varias veces con la cabeza.

Sofía se sintió acorralada entre las propias paredes de su ser. Abandonó la calidez de aquellos brazos emplumados para correr de vuelta a su frío escritorio.

El hombre pájaro trastabilló, y por poco cayó al vacío. Quedó petrificado, sus alas no lo hubieran podido salvar de semejante caída.

Sintió como el calor, el vigor y la alegría abandonaban su cuerpo. Ya sin fuerzas, pero con la necesidad de huir, se echó a volar sin rumbo fijo. Aleteaba con dificultad en el intento de esquivar edificios y rascacielos. Nunca nada le había parecido más costoso, tampoco hubo tiempo en el que sintiera el aire más pesado que en ese momento.

Cuando la congoja se volvió insoportable, finas y delicadas lágrimas comenzaron a recorrer su rostro. Pronto, un mar de gotas se abrió paso entre las nubes. La lluvia cobró intensidad, y notó que buena parte de sus plumas se estaban cayendo. Pero algo lo aterró aún más: sus plumas se habían vuelto grises. El brillo solar que tanto le había gustado, se había

esfumado.

Asustado, apresuró vuelo hacia un destino incierto. Entre la bruma de la lluvia y las oscuras nubes, se confundió su silueta. La única certeza era que dejaba atrás su único hogar: la ciudad.

Mientras volaba, sus pensamientos lo atormentaban.

“Estúpido fuiste al creer que ella lo dejaría todo por tí ¿Y tu quién eres? ¿Qué tienes? Seguramente no quiso venir porque lo quiere más a él”. Entonces pensó en Daniel, el empleado que había entrado al baño cuando estaba hablando con Sofía. “Lo eligió a él. Eso explicaría por qué, luego de su llegada, ella cambió de opinión. Él tiene un puesto jerárquico, un mejor pasar... puede darle más de lo que yo podría darle. Es mucho más guapo e inteligente que yo ¿Y tú cuánto vales? ¿Y quién soy ya para que una mujer decida escapar conmigo?”

Súbitamente, la catarata de pensamientos se detuvo. Algo más llamó su atención. No podía precisar durante cuánto tiempo había estado volando por los cielos, ni qué rutas había sobrevolado; pero se encontraba en medio de un desierto infinito, infértil.

Desolación

Aciaga

Desdicha

Se dejó caer en la arena, y un puñado de plumas se desprendió de él. Rápidamente, el viento se las arrebató.

Cerró los ojos. Quiso dejarse morir, que el suelo lo absorbiera y se convirtiera en una parte más del vasto desierto. Pensó que podría ser como un cactus: inmóvil y espinado. Con ese deseo, en paz descansó.

Los rayos del sol lo advirtieron del amanecer. Sin importar cuánto lo intentase, mientras más fuerte cerraba los ojos, los rayos lo molestaban aún más. Rendido, frustrado y enojado abrió los ojos y se sentó.

Miró hacia todo lados. “Ningún hombre, ninguna mujer, ni un solo ser humano a la vista... Tampoco otro hombre pájaro”. Tan solo el viento arrastrando miles y miles de granos de arena hacia un horizonte desconocido. Dos cactus, distantes uno del otro, y a lo lejos el reflejo de una fuente de agua inexistente. Volvió a acostarse, esta vez, con el rostro

enterrado en la arena para que el sol dejara de molestarlo.

Sediento, continuó durmiendo.

Capítulo 4

El cuerpo yacía inmóvil sobre la arena. Parecía un cadáver que alguien había abandonado días atrás. Pero un par de pájaros que iban sobrevolando el desierto, creyeron ver aún vida en él.

El hombre pájaro sintió uno... dos... tres picotazos en su espalda. De mala gana, elevó la vista un poco por sobre su hombro.

—¡Shu! ¡Shu! ¡Vete de aquí! —exclamó al ave recién llegada mientras sacudía su mano para espantarla.

El ave dió dos saltitos y avanzó otro poco sobre su espalda, al tiempo que observaba al extraño espécimen. Volteó la cabeza hacia un lado y hacia el otro, sin dejar de mirarlo. Luego, nuevamente lo picoteó.

Instantáneamente, el hombre pájaro sintió otros dos picotazos, esta vez sobre su cabeza. Fue la gota que rebalsó el vaso. De un solo salto, se puso de pie. Mascullaba y agitaba sus brazos para espantar a las aves. Pero éstas persistían revoloteando alrededor suyo. Lo observaban e inspeccionaban por cada rincón.

Una de las aves tomó al hombre pájaro de sus cabellos y comenzó a tironear de ellos en dirección al cielo. La otra, con su pico, lo tomó del pantalón. Parecía que intentaban impulsarlo, lo animaban a volar.

"¿Pero qué hacen?", se cuestionó sumamente confundido.

Por más veces que intentaron, el hombre pájaro no movió ni una pluma. Su cuerpo se mantenía inerte, abatido.

"¡Cuánto que me pesa este cuerpo! ¡Cuánto que me pesa este cuerpo que no habito!", se lamentó.

Las aves comenzaron a cantar, y unos instantes después una bandada se hizo presente. Todas juntas, las aves, tironearon al hombre pájaro. Entonces su cuerpo se alivió un poco, y lentamente sus alas aleteó.

Conmocionado por recibir el auxilio de todas esas aves, logró despegar vuelo junto con la bandada. Volaron alto, muy alto. *"El desierto se ve mucho más bello desde aquí arriba"*, se dijo fascinado por la vista.

Sobrevolaron el desierto un buen rato hasta que descendieron al divisar un oasis. El hombre pájaro se sintió aliviado, recordó cuán sediento estaba. Exhausto, se arrastró hacia la fuente de la vida. Ésta le devolvió un reflejo ajeno, extraño. Gris, todo él se había vuelto gris, desgastado y arruinado. No sólo las plumas, también su pico se había tornado opaco y

endebled. Los ojos, vacíos.

Bebió del manantial y se quedó sentado junto a éste. Miró a las aves revolotear, beber agua y jugar. Por un momento, las envidió. Se sintió un extraño entre ellas.

Capítulo 5

Capítulo final

El hombre pájaro, poco a poco se volvió parte integrante de la bandada. Aprendió todo lo que ellas sabían, cómo sobrevivir en el desierto, qué hacer y qué no. Junto a ellas, él se sentía bien, en paz. No sólo tenía comida y refugio... También compañía.

Se había vuelto un ave mucho más fuerte y su habilidad para volar había mejorado sorprendentemente rápido. Recuperó los colores iniciales de sus alas, sólo que ahora tenían un brillo sin igual. Poco quedaba del hombre que una vez fue. Nada más que sus ojos y sus manos permanecieron. Incluso sus pies se habían transformado en garras. También había abandonado las ropas que lo cubrían. El viento las hizo pasear durante un tiempo entre las dunas, hasta que un día la arena halló para sus harapos un buen entierro.

Si bien apreciaba la compañía de las aves, que por lo demás, lo habían salvado de una muerte segura, sentía que algo le faltaba. Continuaba con aquella desazón que lo ha acompañado desde el principio de los tiempos. Ciertos días en particular, se sentía extraño. No sabía cómo expresarlo, ya no podía recordar cómo articular palabra alguna. La vista, el instinto y los sentidos gobernaban el desierto. Tanto silencio, tanta calma, lo ponía inquieto, le desconcertaba.

En esos días tan particulares, una que otra ave lo miraba a los ojos con una profundidad tan intensa que él jamás había visto. Aunque quisiera explicarla, no sabría cómo. Tal vez era pena, puede que sintieran pena por él "*¿Empatía?*" O simplemente sentían que algo era diferente en él.

El hombre pájaro admiraba la profundidad de aquellas miradas, pero también lo inquietaban. Tenía la sensación de que esos ojos podían leer su alma... y su sentir lo avergonzaba.

En esos días de inquietud, se alejaba. Eso mismo hizo hoy.

Al igual que otras veces, una o dos aves quisieron acompañarlo. Ellas no concebían cómo era que él quería estar solo. La única vida que conocían era la de la manada. El hombre pájaro, como era mucho más veloz, desprendió vuelo. Como tantas otras veces, se fundió rápidamente con el paisaje, y las aves que querían seguirlo sin rastros quedaron.

Continuó volando, aunque más lentamente. Tratava de disfrutar del paisaje pero se sentía molesto, como si quisiera escapar de sí, de su condición. "*Tanto tiempo buscando la paz... Si aquí lo tengo todo ¿Por qué he de sentirme tan vacío?*" Ahora que parecía haber encontrado esa paz y

esa libertad que tanto anhelaba, se sentía más vacío que nunca. Algo le faltaba.

En cierto momento, vio pasar por delante suyo un ave muy extraña, que volaba lento y tranquilamente. El hombre pájaro comenzó a seguirla, y una vez pudo mirarla más de cerca, súbitamente un recuerdo lo invadió.

No podía recordar exactamente cuándo, pero una vez estando en la oficina, asediado por un humor irritante y descontento, escuchó un par de golpecitos detrás suyo. Se sobresaltó, y al voltearse vio que detrás de la ventana se encontraba una pequeña ave color celeste brillante. Las plumas de su pecho y de su cola, por otra parte, eran blanquecinas.

El ave celeste lo observó durante unos segundos con esa misma profundidad con la que ahora lo miraban las otras aves. Revoloteó detrás de la ventana, un par de giros en el aire y se alejó rápidamente. Él nunca había visto nada más bello. Recordó que en ese instante, deseó ser libre, tal y como ese pájaro.

Aquella revelación dejó al hombre pájaro pasmado. A penas si aleteaba para mantenerse en el aire. El ave celeste lo había vuelto a abandonar, esta vez en medio del desierto. Se había quedado solo.

Mirando hacia el horizonte, frente al sol que anunciaba su fin, se preguntó *"Si mis sueños se cumplen... Si tengo tal poder ¿desearía yo volver a ser un hombre?"*.